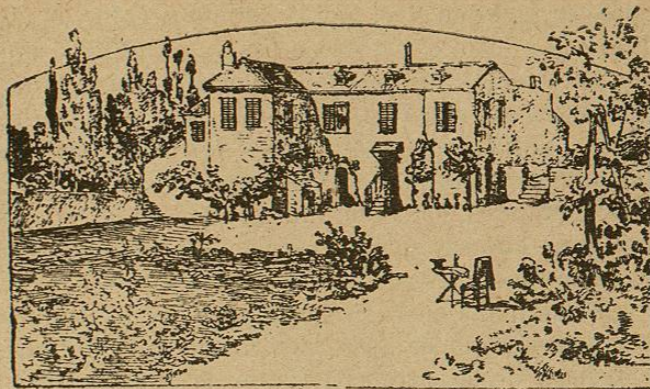


til, que tantas veces se encuentra en la primera idea de los pueblos, en la más remota antigüedad; la idea de un expurgo moral, grande y radical, la esperanza de sanear al mundo por el exterminio absoluto del mal.

La Comuna, órgano en esto del sentimiento popular, declaró que prendería no á los aristócratas solamente; si no á los estafadores, á los jugadores, á las gentes de mal vivir. El asesinato, y este es un hecho poco notado, fué más general en el Chatelet, en donde estaban los ladrones que en la Abadía y en la Force, donde estaban los aristócratas. La idea absoluta de un esfuerzo moral dió á muchos de ellos una terrible serenidad de conciencia, un terrorífico escrúpulo de no ceder ante nada. Un hombre fué algunos días después á confesar á Marat que había tenido la debilidad de librar á un aristócrata y hacía esta confesión con los ojos llenos de lágrimas. El amigo del pueblo le habló con bondad, le dió la absolución; pero aquel hombre no se perdonaba á si mismo, no lograba consolarse.



CAPITULO X

Preludios de la matanza (1.º de Septiembre 92.)

Ningún hombre, ni Danton, ni Robespierre dominaron la situación.—Caracteres diversos de los que querían la matanza.—Influencia de los maratistas sobre la Comuna.—La Comuna obstinada en no disolverse.—Preludios de la matanza.—La Asamblea para tranquilizar á la Comuna, revoca su decreto.—Robespierre aconseja á la Comuna que entregue el poder al pueblo.—Del comité de vigilancia, Sergent, París, cuñado de Santerre, amigo común de Robespierre y de Marat.—Introduce á Marat en el comité de vigilancia.

En aquellas profundas tinieblas que todo contribuía á espesar en que la idea de justicia, bizarramente pervertida, contribuía á obscurecer el último fulgor de lo justo, la conciencia pública se hubiera quizás conservado, si hubiera habido un hombre bastante fuerte para guardar la suya, por lo menos, y mantener firme y elevado su corazón.

No precisaba salir al encuentro del furor popular, si no cernerse en superiores alturas, hacer que el pueblo viera en aquellos que le inspiraban confianza una serenidad heroica que le asegurara, le afirmara, le elevara por encima de los bajos y crueles pensamientos del miedo. Una sola cosa faltó en aquella situación, la única que salva á los hombres cuando en ellos se obscurece la razón, un hombre verdaderamente grande, un heroe.

Robespierre tenía autoridad; Danton tenía fuerza; ninguno de ellos fué el hombre necesario, ninguno se atrevió.

El jefe de los Jacobinos, con su gravedad, su tenacidad, su poder moral; el jefe de los Franciscanos, con su energía y sus instintos magnánimos, no tuvieron sin embargo ni uno ni otro una sublime facultad, lo único que pudo iluminar, transfigurar el sombrío furor del momento. Les faltaba enteramente esa cosa, común después y más rara entonces de lo que generalmente se cree. Para arrojar de los corazones el demonio de la muerte, hacerle avergonzar de si mismo, despeñarle á sus ti-

nieblas, era preciso tener en sí el genio sereno y noble de las batallas, que hiere sin miedo ni cólera y mira en paz y tranquilo la muerte.

El que hubiera tenido este genio, hubiera tomado una bandera, hubiera preguntado á las masas si no querían batirse mas que con gentes desarmadas; habría declarado infame á cualquiera que hubiera amenazado las prisiones. Aunque una gran parte del pueblo aprobaba la matanza, los matadores, como después se verá, eran poco numerosos. Y en manera alguna hubiese sido necesario matarlos para contenerlos; hubiera bastado, lo repetimos, no tener miedo, aprovechar el inmenso ardor militar que dominaba en París, envolver á aquel pequeño número en la masa y el turbión que se hubiese formado de voluntarios verdaderamente soldados y de la parte patriota de la guardia nacional. Preciso hubiera sido que la parte sana y buena del pueblo, incomparablemente más numerosa, fuera tranquilizada, animada por hombres cuyos nombres fueran populares. ¿Quién no hubiera seguido á Robespierre y á Danton, si ambos, en aquella crisis, unidos y no constituyendo más que un solo hombre para salvar el honor de Francia, hubiesen proclamado que la bandera de la humanidad era la de la patria?

Observemos detenidamente á aquellos dos jefes y directores de la opinión, cuya autoridad moral se borró en presencia del vergonzoso acontecimiento.

La de Robespierre, preciso es decirlo, estaba algo quebrantada. Francia entera había querido la guerra; Robespierre aconsejó la paz. La guerra al rey, la insurrección no había sido de ninguna manera estimulada por él, que había protestado diciendo que se encerraba en los límites de la Constitución. El comité de la insurrección del 15 de Agosto se reunió en cierta ocasión en la casa en que vivía Robespierre y éste no asistió á la reunión. Nombrado acusador público del alto tribunal criminal, declinó aquel triste y peligroso honor, pretextando que los aristócratas, á los que durante tanto tiempo había denunciado eran sus enemigos personales y que por esta razón tenían derecho á recusarle. ¿*El Monitor* le había designado como consejero de Danton en el ministerio de justicia; qué hizo en él? Tomaba asiento como miembro del consejo de la Comuna y allí, excepto un discurso en la Asamblea nacional, no se veían tampoco huellas de su actividad.

Y sin embargo, allí se encontraba en el terreno de las pasiones más ardientes; allí no había medio de atenerse á los principios generales, como había hecho en la Constituyente, ni á las delaciones vagas, como hacía en los Jacobinos. Por primera vez en su vida se vió obligado á obrar, á hablar con claridad, ó anularse para siempre. La Comuna del 10 de Agosto, aunque era muy violenta, contaba sin embargo en su seno con dos partidos, los indulgentes y los atroces. Decidirse por los primeros era formar en el séquito de Petion y de Manuel, dejar á Danton la vanguardia de la Revolución, probablemente la iniciativa de la violencia. Danton parecía poco por la Comuna; ninguna medida atroz fué

nunca aconsejada por él, pero el secretario de la Comuna era un exaltadísimo dantonista, que decía y hacía creer que tenía la representación de Danton; me refiero al joven Tallien.

La competencia de Danton, el temor de dejarle engrandecer mientras decrecía, era sin duda alguna la preocupación de Robespierre. Había en esto como una impulsión fatal que podía llevarle á todo. Encontraba en la Comuna y fuera de ella, entre los más avanzados una clase de hombres especialmente que le molestaba mucho, colocándole en situación de decidirse en el acto. Estos exaltados que directa ó indirectamente (algunos sin saberlo), impulsaban á la matanza, eran, por un contraste extraño, aquellos á quienes podía llamárseles *los artistas y hombres sensibles*. Eran gentes que nacieron ebrias, si se me permite expresarme en este modo; retóricos lacrimosos, todos tenían el don de las lágrimas: Hebert lloraba, Collot lloraba, Panis lloraba, etcétera. Además, como la mayor parte eran autores de tercer orden, artistas medianos, actores silbados, tenían bajo su filantropía un fondo general de rencor y de veneno que en ciertos momentos llegaba á la rabia. El tipo del género era Collot d'Herbois, actor mediano, escritor huero, autor moral y patriotero, hombre sensible, siempre ebrio, ahogado en lágrimas y en aguardiente. Conocida es su borrachera de Lyon, la poesía de exterminio que buscó cuando se ametrallaba, gozando (como aquel otro artista Neron) ante la destrucción de una ciudad. Relegado á Sunamary, tratando de aumentar la dosis de aguardiente y de emoción, acabó dignamente su vida con una botella de agua fuerte.

No todos estaban á este nivel; pero todos en aquella clase de artistas, querían seguir el genio del drama, llevar la situación hasta donde pudiera llegar. Necesitaban crisis rápidas y políticas, sobre todo transformaciones á la vista. La muerte, bajo este último aspecto, parece artística y conmovedora; la vida parece menos artística, por que en ella los cambios son lentos y sucesivos. Son precisos ojos y corazón para ver y apreciar las lentas transformaciones de la vida; de la naturaleza que engendra, y en cambio la destrucción admira al hombre más vulgar. Los dramaturgos malos, los retóricos impotentes que buscan los grandes efectos, deben complacerse en las destrucciones rápidas. Se creen entonces grandes magos, dioses, cuando deshacen la obra de Dios. Encuentran hermoso poder exterminar con una sola palabra lo que costó tanto tiempo, suprimir en un abrir y cerrar de ojos el obstáculo v. vo, ver á sus enemigos desaparecer de un soplo, saborean la poesía estúpida y bárbara de la frase: «He pasado, ya no son».

Esta clase de hombres, sin ser positivamente locos furiosos como Marat, participau más ó menos de su excentricidad, se agrupan á su alrededor. Constituían la gran dificultad de Danton y Robespierre. Estos dos rivales no osaron contradecir á los maratistas por que cualquiera de ellos que hubiera aventurado una sola frase de objeción hubiese dado este partido á su rival y se hubiese anulado, como absorbido en la Gi-

ronda. Danton, ministro de justicia, tenía en sus funciones un pretexto más ó menos especioso para no aparecer por la Comuna en aquella terrible crisis. Ahora se verá como logró desaparecer antes y durante la matanza.

Robespierre, miembro de la Comuna y sin ninguna otra función, no tenía más remedio que asistir á las sesiones. Esperó hasta el último momento para decidirse á abrazar el partido de los violentos; pero una vez dado el paso, recuperó el tiempo perdido, los alcanzó y los dejó atrás. El gran día del 1.º de Septiembre debía decidir entre la Asamblea y la Comuna. La Asamblea el 30 de Agosto había decretado que en el término de *veinticuatro horas* las secciones nombraran un nuevo consejo general de la Comuna. Las veinticuatro horas comenzaron á contarse desde el momento en que se dió el decreto (cuatro de la tarde), y debía ejecutarse al siguiente día á la misma hora. Pero la Comuna causaba tal terror en las secciones, que la mayor parte no se atrevieron á ejecutar el decreto de la Asamblea, pretextando que no se les había notificado oficialmente. ¿Qué hubiera sucedido el 1.º de Septiembre si la Asamblea confirmaba su decreto, si el combate se hubiese entablado entre los que obedecieron y los que no quisieron obedecer? La Asamblea en este caso hubiera sufrido una desgracia, se hubiese visto á los realistas que se unían á ella, quizá por ella se hubieran armado y la hubieran comprometido mientras esperaban vencerla. Victoriosa, estaba perdida y quizá Francia con ella.

La Comuna, por muy indignos que fueran muchos de sus miembros por su tiranía y su ferocidad, tenía esto en su favor, que los realistas jamás podrían pactar con ella, porque representaba el 10 de Agosto. Todo el mundo reconocía ó exageraba la parte que había tomado en aquel acto del pueblo. Gloria ó crimen, cualquiera que fuese la opinión de los partidos, á la Comuna se atribuía el derrumbamiento de la monarquía. Era evidentemente una fuerza antirealista, la más segura contra el extranjero. Todo patriota debía pensarlo mucho, á pesar de los excesos de la Comuna, antes de declararse en contra suya.

Tenía la Comuna fe en sí misma; muchos de sus miembros creían sinceramente que solo ellos podían salvar á Francia. Querían á todo trance conservar la dictadura de la salvación pública que creían tener en su mano. Otros, preciso es decirlo, estaban confirmados en esta fe por su instinto de tiranía, eran reyes de París por la gracia del 10 de Agosto y querían seguir siéndolo. Disponían de fondos enormes, impuestos municipales, fondos de Obras públicas, subsistencias, etc. Iban á recibir los monstruosos fondos de policía; un millón anual, que había votado la Asamblea. El 92 aun no se robaba mucho, antes de la desmoralización que siguió á las matanzas de Septiembre. Se conservaba en todos cierta pureza de juventud y entusiasmo, la codicia se mantenía atrás. Los más puros, sin embargo, manejaban con gusto el dinero, gustaban de él, por lo menos, como poder popular.

Por todas estas diversas razones, la Comuna estaba perfectamente decidida á no permitir la ejecución del decreto de la Asamblea, y á mantenerse por la fuerza.

La situación de París, tempestuosa en el más alto grado, no podía menos de ofrecer pretexto á los que querían desobedecer.

El 31 de Agosto había habido un alboroto en los alrededores de la Abadía. Fué absuelto un individuo llamado Montmorin, á quien la multitud confundió con el ministro del mismo apellido y amenazó con forzar la prisión y hacer justicia por sí misma.

El 1.º de Septiembre ocurrió una escena espantosa en la plaza de la Grève. Un ladrón á quien se exponía y sin duda estaba ebrio tuvo la mala idea de gritar: ¡Viva el rey! ¡Vivan los prusianos y muera la nación! Inmediatamente fué arrancado de la picota é iba á ser despedazado cuando el procurador de la Comuna, Manuel, se precipitó; lo arrancó de las manos del pueblo y lo salvó metiéndolo en el Hotel de Ville, pero no sin correr grave peligro. Fué preciso prometer que un jurado popular juzgaría al culpable. Este jurado le sentenció á muerte, la autoridad confirmó la sentencia y fué ejecutado el siguiente día.

Todo impulsaba á la matanza. El mismo día 1.º de Septiembre un gendarme llevó á la Comuna un reloj de oro que había cogido el 10 de Agosto, y preguntó qué debía hacer de él. El secretario Tallien le dijo que debía guardárselo. ¡Gran estímulo para el asesinato. Varios sacaron la consecuencia de este precedente de que los despojos de los grandes señores, de los ricos que estaban en la Abadía, pertenecerían á los que pudieran librar á la nación de estos enemigos públicos.

La sesión del Consejo general de la Comuna fué suspendida hasta las cinco de la tarde. La Asamblea, atemorizada por el acontecimiento que todo el mundo veía venir para el siguiente día domingo, intentó en aquel intervalo un último medio de prevenirlo. Trató de apaciguar á la Comuna y derogó el decreto que prescribía á sus miembros justificar los poderes que habían recibido el 10 de Agosto.

«No es esto todo, dijo un miembro de la Asamblea; habéis decretado hace dos días que la Comuna ha merecido bien de la patria; esta redacción nada vale; es preciso un nuevo voto, en el que se diga expresamente: *los representantes de la Comuna*». En efecto, elogiando á la Comuna en general, hubiérase podido después buscar y perseguir á algunos de sus miembros por tantos actos ilegales. La nueva redacción les aseguraba cada uno particularmente el bill de indemnidad más tranquilizador. La Asamblea no quiso discutir en aquel momento y votó lo que se quería.

La sesión de la Comuna se reanudó á las cinco de la tarde. En un principio pareció que el decreto pacífico de la Asamblea no era todavía conocido. Robespierre habló de las nuevas elecciones, pero al darse á conocer el decreto durante la sesión, Robespierre, envalentonado por las tergiversaciones de la Asamblea, volvió á usar de la palabra en un